

LA FORMACIÓN DE CATEQUISTAS EN UN CONTEXTO DE NUEVA EVANGELIZACIÓN

*Enzo Biemmi*¹

LA FORMACIÓN DE CATEQUISTAS EN UN CONTEXTO DE NUEVA EVANGELIZACIÓN

He dado este título a la intervención que me habéis solicitado² para situar correctamente el tema de la formación de los catequistas. Si nos preguntamos hoy acerca de la formación de los catequistas no es solo porque de cuando en cuando conviene hacerlo, sino porque nos encontramos ante un cambio tan profundo de contexto cultural que ha quedado inadecuado el modelo catequístico tradicional (el modelo del «catecismo», iniciado con los catecismos del siglo XVI). A un nuevo contexto cultural corresponde un nuevo paradigma de la catequesis; a un nuevo paradigma catequético una nueva identidad del catequista; a una nueva identidad del catequista, una nueva formación y un nuevo modelo de formación de los catequistas. Dentro de esta cadena de cambios deseo colocar mi reflexión práctica sobre la formación de los catequistas. Lo haré a través de seis puntos.

1 Hermano de la Sagrada Familia. Director del Instituto Superior de Ciencias Religiosas de Verona (Italia). Presidente del Equipo Europeo de Catequesis

2 Conferencia impartida en la XXX Jornadas de AECA celebradas en Madrid del 5 al 7 de diciembre de 2011

EL CAMBIO DE PARADIGMA: TRES CAMBIOS DE PERSPECTIVA DE LA CATEQUESIS

Ante todo resumo velozmente las grandes conversiones que la catequesis debe hacer. En este momento la Iglesia ha escogido la expresión «nueva evangelización» para indicar el cambio de su modo de situarse en el mundo y de anunciar el Evangelio. De este cambio quisiera subrayar tres dimensiones.

— *La conversión misionera de la pastoral en la línea del primer anuncio.*

Un ejemplo muy concreto nos permite resumir la cuestión. «Nuestra actual situación pastoral se parece a veces a la acción de un labrador enamorado de su tierra: él cava, abona, riega, incluso con un gran empleo de energía... pero ¡nadie ha pensado en sembrar en ese campo, por lo que sus esfuerzos resultan inútiles! Si la catequesis corresponde al cultivo, el primer anuncio corresponde a la siembra, y es esa siembra la que falta en gran parte de nuestra pastoral ordinaria»³.

Este ejemplo pone al descubierto el problema y la causa principal de las frustraciones pastorales de nuestras parroquias y de los catequistas. Podemos vernos reflejados todos, párrocos y catequistas, sudando para alimentar y sostener la fe de nuestra muchachos y de sus padres, enfadándonos si no corresponden a nuestras expectativas y desilusionados por la inutilidad de nuestros esfuerzos. El problema es que la fe no podemos suponerla, sino que debemos proponerla. La palabra clave tiene que ser ésta: «ya no se puede dar por descontada la fe».

— *La segunda conversión viene como consecuencia, y consiste en el repensamiento del modelo de iniciación cristiana en perspectiva catecumenal.*

³ UFFICIO CATECHISTICO REGIONALE LAZIO, Linee per un progetto di primo annuncio, Elledici, 2002, 3. 3

El modelo de iniciación cristiana presente en nuestras parroquias posee dos características fundamentales: se dirige a los pequeños; y está pensado para prepararlos a recibir bien los sacramentos. Se trata de dos simplificaciones respecto al modelo catecumenal, concentrado sobre los adultos y orientado a iniciar en la vida cristiana. El paso queda claro: de una iniciación cristiana de los niños consistente en una hora a la semana de catecismo para *prepararlos a recibir los sacramentos*, a una iniciación cristiana de *jóvenes y adultos para iniciarlos en la vida cristiana a través de los sacramentos*.

A este propósito es importante tener conciencia de la «implosión» actual de la hora semanal de catecismo. La implosión tiene lugar cuando se cargan sobre una estructura pesos que no puede soportar. El catecismo, nacido para proporcionar la gramática cognoscitiva de la fe a los niños y muchachos creyentes, iniciados sociológicamente en la fe en los tres senos generadores sociológicos de la familia, de la escuela e del pueblo; nacido para transmitir las palabras de una fe vivida y difundida; al faltar progresivamente estos tres senos generadores, el catecismo se ha visto cargado poco a poco de un cometido imposible por naturaleza. ¿Cómo es posible «iniciar en la fe» en una hora de clase? Esta implosión hay que vivirla como oportunidad, como invitación a reconstruir en las comunidades un lugar de experiencia cristiana, un proceso realmente iniciático, para los muchachos pero más aún para los adultos. De aquí nace la exigencia de un proceso de iniciación cristiana que asuma plenamente la inspiración catecumenal. Así la define el *Directorio General para la catequesis*: «La concepción del catecumenado bautismal, como *proceso formativo y verdadera escuela de fe*, ofrece a la catequesis pos-bautismal una dinámica y unas notas cualificantes: la intensidad e integridad de la formación; su carácter gradual, con etapas definidas; su conexión con ritos, símbolos y signos, especialmente bíblicos y litúrgicos; una constante referencia a la comunidad cristiana» (n. 91).

La tercera conversión consiste en un verdadero cambio radical de la perspectiva catequética, la «vía inversa» de la catequesis de primer anuncio respecto a la catequesis tradicional.

Podemos compartir a este respecto la intuición de François Bousquet. Él hace notar que la catequesis se dirige a quien ya cree y *sigue el orden de la exposición* «Yo Creo en Dios, Padre del Señor Jesús, que nos dona su Espíritu y la vida hasta su cumplimiento. Amen». En cambio el primer anuncio expresa el contenido de la fe siguiendo el camino inverso respecto a la exposición lógica, es decir, la del *descubrimiento*. «En el orden del descubrimiento todo empieza en el Amen de la vida de un creyente. A partir de esta palabra es posible después pasar de esta experiencia del Espíritu a su identificación como Espíritu de Jesús, que continuamente nos orienta al Padre, y así se recorre en sentido inverso el orden de la exposición con la que el Credo proclama la fe. Para entrar en una lógica de primer anuncio hay que pasar de la enunciación de los objetos de la fe expresados en el Credo a la experiencia de fe «llevada» por un cuerpo que la hace ver, oír y tocar».⁴

El camino inverso es, pues, el del atestiguamiento, la vía del testimonio. Va del Amén de un testigo y de una comunidad reunida por el Espíritu hasta el Padre por medio de Jesús. Es entonces cuando la persona iniciada puede llegar a pronunciar su profesión de fe (Yo creo) siguiendo el orden lógico del Credo. Este «Yo creo» viene a ser especular del Amén inicial, es decir, llega a ser la *redditio* que es eco de la *tradio* creyente.

El «camino inverso» pide también que se revise el contenido del anuncio. En el primer anuncio la vía narrativa precede la doctrinal. La catequesis parte de la *narratio plena* de las Escrituras, puesto

⁴ BOUSQUET F., «Ne prononce pas le nom de Dieu en vain», en : Service National de la catéchèse et du Catéchuménat, Un appel à « la première annonce » dans les lieux de la vie, Jean-Claude Reichert (ed.), Edizioni CRER 2008, 56-57.

que el acto de fe nace de una narración. A partir de esta narratio la comunidad entrega las grandes síntesis de la fe: el Símbolo, los sacramentos, los mandamientos, el Padre Nuestro. Estas síntesis son explicadas, para que puedan ser entendidas por los sujetos como intelectualmente sensatas, posibles y deseables⁵, y por tanto comunicables. Finalmente, en cada uno de los contenidos transmitidos la catequesis destaca las consecuencias para la vida, la posibilidad de vida buena que la fe ofrece, junto con las exigencias que comporta.

Estos tres cambios de perspectiva (*misionera, iniciática y testimonial*) han cambiado sustancialmente nuestras líneas proyectuales y reclaman por lo tanto una revisión de la figura del catequista y de su formación.

LA IDENTIDAD DEL CATEQUISTA ENTRE PROPUESTA DE FE Y CUIDADO DE LA FE

— El cambio de la catequesis que hemos presentado nos permite comprender los límites de nuestra forma actual de formar a los catequistas. Ésta está pensada y organizada en el horizonte de la «cura fidei». Pensamos en el catequista de los niños, preparado para transmitirles los conocimientos de la doctrina católica y para alimentar su fe. Las mejorías que se han producido desde el Concilio hasta hoy en la formación de los catequistas se han concentrado en su capacidad de educar en la fe a personas ya creyentes. También nuestros catecismos siguen imaginando un contexto de cristiandad, una familia creyente, chicos que poseen ya una experiencia de fe. Los catecismos de la Conferencia Episcopal Italiana se dirigen a un mundo que ya no existe. He tenido la misma sensación viendo los catecismos de la Iglesia española. Allí donde la formación de los catequistas

5 FOSSION A., *Il Dio desiderabile. Proposta della fede e iniziazione cristiana*, EDB, Bologna 2011.

se hace bien (y son pocos los lugares en que se hace bien), esa formación resulta pensada y organizada según la lógica de la educación de una fe ya presente. Aquí está el desfase profundo entre la realidad y nuestra formación catequética. Es éste el motivo fundamental de las dificultades de los catequistas y de su sensación de incapacidad.

- Teniendo esto en cuenta, creo que la formación de los catequistas no debe ser pensada como un paso neto del catequista educador de la fe al catequista evangelizador. Creo que las dos dimensiones deben quedar juntas en la formación. En nuestros contextos italianos y españoles nos encontramos en medio de dos mundos: la larga ola del cristianismo sociológico y la situación de profunda secularización de las mentalidades. Muchas personas siguen pidiendo los ritos cristianos y manifiestan una parcial pertenencia a la comunidad eclesial, pero están ya marcadas por una mentalidad secularizada. Los jóvenes y adultos que entran en nuestras comunidades reclaman ya dos atenciones: el segundo anuncio⁶ (prefiero esta expresión a la de «primer anuncio») y la profundización de su fe. Propuesta de la fe y cuidado de la fe: estas son las dos grandes capacidades que necesita hoy el catequista.

Hay quien propone distinguir netamente las dos funciones: catequistas para el primer anuncio; catequistas para el cuidado y profundización de la fe. De hecho, me parece que no es posible separar las dos funciones, precisamente porque estamos a mitad de camino entre una cultura de cristianismo de tradición y una cultura global que exige saber proponer la fe. Con frecuencia hay que procurar al mismo tiempo estas dos cosas en las mismas personas.

⁶ Hace poco he publicado en Italia un texto bien aceptado por los catequistas: *Il secondo annuncio. La grazia di ricominciare*, EDB, Bologna 2011.

LA FORMACIÓN DEL CATEQUISTA: DOS PERSPECTIVAS DIVERSAS

El DGC (238) organiza la formación de las competencias catequísticas alrededor de las tres dimensiones clásicas del *ser, el saber y el saber hacer*. Esta distinción es muy útil para pensar y organizar prácticamente la formación de los catequistas. Alrededor de estos tres ejes se aprecian fácilmente las competencias de cada área: la formación a la madurez humana y cristiana (DGC 239); la formación bíblico-teológica (DGC 240); la formación en las ciencias humanas (DGC 242-243); la formación pedagógica (244). Con este esquema hemos pensado y organizado la formación de los catequistas en estos años.

Pero considero importante integrar esta organización con una perspectiva formativa más unitaria. Un importante documento italiano sobre la formación de los catequistas habla de dos dimensiones: «contribuir a promover identidades cristianas adultas; desarrollar una competencia específica al servicio de la comunicación de la fe». Este texto afirma que hay que perseguir al mismo tiempo la formación a la fe adulta del catequista y la formación para la comunicación de la fe, que constituye el *proprium* de su ministerio. La fe adulta trae consigo la consciente opción por el Señor Jesús, la pertenencia responsable a la Iglesia, la capacidad de captar el significado de la fe para los problemas del hombre y de la sociedad. La competencia comunicativa abarca dos aspectos: la capacidad de acceso correcto a las fuentes de la catequesis con una asimilación personal y progresiva de sus contenidos fundamentales; y la capacidad de integrar juntamente los distintos elementos (contenidos, situación de los destinatarios, contexto eclesial, instrumentos didácticos, lenguaje, interacción) en el acto comunicativo, con vistas a favorecer el camino de fe de los propios hermanos.

Este modo de entender la tarea de la formación de los catequistas como autoformación en la fe y como competencia para comunicarla es mucho más unitario que el modo clásico del trinomio «saber, saber ser y saber hacer», que ciertamente es práctico, pero que corre el peligro de trocear la formación y de no permitir captar suficientemente la cuestión de fondo: el primer anuncio debe ser descubierto ante todo por el catequista y en la medida en que llega a ser experiencia para el catequista puede ser también servicio comunicativo. Una formación del catequista solo funcional o didáctica no tiene sentido, es estéril estrategia. Al mismo tiempo, la sola maduración de fe del catequista, sin hacerlo capaz de su tarea específica, es decir, la dinámica comunicativa como espacio del nacer, crecer y llegar a la madurez de la fe, deja desguarnecido el aspecto principal de su ministerio y puede quedarse en una formación espiritual ineficaz.

CUATRO COMPETENCIAS DEL CATEQUISTA

Dentro de estas dos dimensiones de la formación de los catequistas, en una perspectiva que mantenga juntas la capacidad de propuesta de la fe con la del cuidado de la fe, podemos considerar de forma nueva las cuatro competencias fundamentales, reinterpretadas según los criterios ya indicados.⁷

1. Ante todo la *competencia bíblico-teológica*. Esta competencia consiste en la capacidad de hablar de la fe de forma correcta y coherente, de manera dinámica y significativa, con claridad y simplicidad, sin caer nunca en el simplismo. No exige grandes cualidades intelectuales o una formación especialista, pero sí ciertamente un mínimo de conocimientos básicos para saber distinguir lo esencial de lo accesorio, para poder poner en rela-

⁷ Se trata de las competencias indicadas en DGC 238-245, pero organizadas de distinta manera. Opto por seguir el esquema propuesto por: FOSSION A., *La compétence catéchétique. Perspective pour la formation*, en : DERROITTE H., DANIELLE P., *Les nouveaux catéchistes. Leur formation, leurs compétences, leur mission*, Lumen Vitae, Bruxelles 2008, 15-32.

ción los distintos enunciados de la fe y los diversos aspectos de la vida cristiana. Concretamente, el catequista debe ser capaz de leer las Escrituras de forma correcta, de comprender el dinamismo de la historia de la salvación, de comprender y sabe explicar las afirmaciones fundamentales del *Credo*. Tendrá que adquirir también el sentido del vivir la fe en la Iglesia, en sus dimensiones comunitaria, litúrgica, sacramental, ética y de compromiso en el mundo.

N.B. Considero importante que a los catequistas se proponga ante todo una formación bíblica, y después en las cuatro columnas de la catequesis, tal como nos las ha consignado la tradición: el Credo, los sacramentos, los mandamientos, el Padre Nuestro. Subrayo especialmente la importancia de tratar con los catequistas todos los artículos del Credo, que les resultan difíciles de comprender y de comunicar. Mi experiencia dice que es éste un camino privilegiado de formación

2. *La competencia cultural*. La competencia teológica tiene que estar acompañada por un conocimiento del contexto socio-cultural en el que se desarrolla esta catequesis. El catequista debe conocer a aquellos a quienes se dirige: su ambiente de vida, su historia, sus preguntas, sus referencias, sus gustos, sus aspiraciones. Esto exige al catequista estar insertado en la vida ordinaria, interesarse por todo lo que interesa a los destinatarios del mensaje cristiano, estar presente en sus conversaciones, como Jesús con los discípulos de Emaús («¿De qué estábais hablando por el camino?») o de Felipe con el eunuco («¿Entiendes lo que estás leyendo?»).

Se espera del catequista que hable de la fe o que la haga descubrir no de forma abstracta o separada de la vida, sino haciéndola resonar en el corazón de la vida, en sus interrogantes y aspiraciones fundamentales.

N.B. Por lo que atañe a esta competencia cultural, creo que es importante sobre todo que los catequistas adquieran una mirada serena sobre la cultura actual, que la vean con esperanza y no con pesimismo. Hay que ayudarles no sólo a no quedar deprimidos, sino a estar contentos del fin de la cristiandad sociológica. Hay que gozar ante el nuevo escenario que se abre a la fe: el tiempo de la libertad, de la gratuidad y por tanto, de forma totalmente nueva, de la propuesta, de la misión evangelizadora. El evangelio se siente bien en una cultura plural, se encuentra más a gusto que dentro de un cristianismo de la obligación, de la necesidad, de lo dado por supuesto, de lo debido. La no necesidad cultural del cristianismo abre una etapa nueva para la fe. Le devuelve el carácter de propuesta libre y de libre adhesión. Y así relanza el testimonio gratuito de los creyentes. Es esto lo primero que la formación debe transmitir a los catequistas, pero también a los párrocos y a los Obispos. De hecho, esta visión se transforma en empatía y simpatía hacia los destinatarios del anuncio, considerados como «capaces de Dios», buscadores de Dios no menos que los de las generaciones pasadas.

2. *La competencia pedagógica.* El catequista es también un pedagogo. Su arte consiste en introducir en la fe por medio de un proceso pedagógico pensado y organizado. Es importante que pueda disponer de una serie diferenciada de recursos pedagógicos y didácticos. Según los casos, a veces será un maestro que transmite un saber, a veces un animador que provoca la palabra, a veces un facilitador de aprendizajes por medio del uso correcto de los documentos de la fe, a veces un testigo, o incluso un mediador que hace descubrir la vida eclesial tejiendo relaciones entre los sujetos eclesiales o entre las distintas generaciones de creyentes. Especialmente tendrá que ser capaz de proponer experiencias – de oración, de fraternidad, de celebración, de compromiso – de la que sea posible extraer enseñanzas, para

marcar con ellas la vida personal y construir la identidad personal y comunitaria de la fe. Por esto hablamos hoy de pedagogía iniciática.

N.B. A este respecto la formación deberá ayudar al catequista a superar el simple modelo escolar y expositivo, habilitándolo para organizar encuentros catequéticos con modalidad participativa y según una didáctica transformadora. La lógica de la propuesta catequética debe ser la del acompañamiento, superando el simple modelo de la enseñanza o de la animación.⁸

3. La competencia espiritual. La cuarta competencia determinante es la espiritual. Se refiere a la capacidad para orientar la actividad catequética con espíritu evangélico y bajo la acción del Espíritu Santo. Esto supone que los catequistas no vivan solo la espiritualidad común de los cristianos (fe, esperanza y caridad), sino que cultiven actitudes espirituales específicas, propias de la tarea catequética: escucha del otro, respeto de la libertad, confianza en la persona, paciencia, espíritu de servicio y de ayuda recíproca, etc. No hay catequesis si ésta no llega a ser un lugar de experiencia concreta del Evangelio y de acogida del Espíritu Santo.

N.B. Con respecto a esta competencia, en la formación de los catequistas hay que presentar el texto espiritualidad del catequista. Efectivamente, en este texto reconocemos toda la gama de actitudes espirituales propias del evangelizador, que comprende la docilidad al Espíritu, las actitudes de escucha y respeto, la paciencia, la capacidad de callarse, el acompañamiento delicado, la propuesta

8 He desarrollado ampliamente la perspectiva formativa del acompañamiento en numerosas contribuciones. Remito en especial a las siguientes: *Formación de agentes de pastoral de adultos, Taller para aprender a ser evangelizadores y catequistas*, Madrid, Editorial CCS, 2006; *La formazione dei catechisti in Italia. Dalle «scuole» ai «laboratori»*, «Catechesi» 3/2000, 4-11; *I catechisti degli adulti in Italia*, en: *La formazione dei catechisti. Problemi di oggi per la catechesi di domani*, Torino, LDC, 1998, 142-161.

de una palabra sencilla, el testimonio, la disponibilidad a rehacer el camino de la fe, la renuncia al control, la disponibilidad a desaparecer y a dejar actuar al Espíritu.

Estas cuatro grandes competencias deben ser procuradas siempre según la doble dimensión ya indicada: ante todo como crecimiento humano y espiritual del catequista, después como capacidad de comunicar la fe.

EL MODELO FORMATIVO

Finalmente hay que decir algo acerca del modelo que hay que seguir en la formación de los catequistas. Sabemos que durante muchos años la formación de los catequistas se ha inspirado en un modelo de «vulgarización teológica»⁹. Este tipo de formación del catequista tiende a que asimile una serie de informaciones teológicas simplificadas, resumidas. La lógica que se sigue es la de una comunicación «en cascada», de arriba abajo (especialista → catequista → destinatario) según la técnica del resumen, con la inevitable pérdida de profundización en cada nivel de la cascada. Es una formación que produce catequistas repetidores, reproductores de nociones poco profundas. De las «escuelas» para catequistas hemos pasado en estos últimos años a cursos según un modelo de «laboratorio», «donde juntos se aprende, se expresa y se proyecta según itinerarios formativos; nos catequizamos recíprocamente y estamos atentos a cuanto sucede efectivamente en la catequesis en acto»¹⁰.

Es muy importante tener presente este principio fundamental: *el catequista repite sin darse cuenta el modelo formativo con el que ha sido formado*. Es inútil por tanto exhortarlo a una catequesis de acompañamiento y de iniciación siguiendo cursos de tipo frontal.

⁹ Véase sobre este punto: FOSSION A., *Enseigner des savoirs inventifs, en : Formation et Église. Pratiques et réflexion*, «Le point théologique» 48, Beauchesne, Parigi 1987.

¹⁰ UFFICIO CATECHISTICO NAZIONALE, *Orientamenti e itinerari di formazione dei catechisti*, 1991.

Para un itinerario de formación para la nueva fisonomía de catequistas, a la vez capaces de proponer la fe (evangelizadores) y de acompañar su desarrollo y profundización (propuesta de fe, cuidado de la fe), sugiero estas dos indicaciones prácticas.

- Hay que distinguir claramente, me parece, la formación de base (con tiempo limitado) de la formación sobre el terreno o permanente. La de base es hoy fundamental, ya que las nuevas generaciones de catequistas no se han beneficiado de la formación pos-conciliar. Están desguarnecidos respecto a la fe y a sus contenidos fundamentales.
- Por eso, mientras la formación permanente puede seguir un modelo de laboratorio o sistemático, a propósito de varios aspectos de los retos catequéticos concretos, la de base puede ser repensada en una triple dimensión: narrativa, kerigmática, catecumenal.
 - a) Ante todo un planteamiento narrativo, que introduce en la formación la experiencia de los catequistas, la narración de sus historias humanas y de fe, el cruce de sus narraciones con las grandes narraciones bíblicas.
 - b) Un planteamiento kerigmático, es decir, de anuncio, primero o segundo, para ellos. No hay que suponer que sean creyentes y habrá que ponerlos en contacto con el corazón del Evangelio, con vistas a una adhesión renovada que es al mismo tiempo acto, contenido y actitud. Hay que conducirlos a dar su asentimiento a la fe como adhesión a Cristo y a los contenidos esenciales del Símbolo, dentro de la comunidad eclesial. Si son formados en esto, instintivamente darán a su catequesis una connotación kerigmática, de primer o segundo anuncio.

- c) Un planteamiento en cierto sentido catecumenal, iniciático. Se puede pensar en un recorrido en el que los catequistas tienen una experiencia iniciática, en los que catequistas, ritos, pasos de conversión indican una entrada progresiva en la fe y en la capacidad de comunicarla. Se puede pensar quizás en un recorrido que va de la inscripción, a la traditio/redditio, al mandato para los que son considerados idóneos, a un tiempo breve de mistagogía catequética. Un planteamiento catecumenal los acostumbra a un modelo de inspiración catecumenal. Si son formados con estos tres registros llegan a ser capaces de realizar una des-intelectualización de la fe y de restituirle su carácter de experiencia.

Sobre estas tres lógicas formativas se pueden integrar tranquilamente las cuatro áreas de competencias requeridas: la bíblico-teológica, la cultural, la pedagógica y la espiritual.

CONCLUSIÓN: ENTRE COMPETENCIA Y SIMPLICIDAD

Quiero concluir mi pequeña intervención destacando algo importante.

Nuestros catequistas son todos voluntarios. El cuadro que he presentado parece exigir profesionales de la evangelización, preparados a través de una larga formación, cosa que ni los párrocos poseen. No podemos cargar a los laicos, que tienen trabajo y familia, con un peso formativo demasiado exigente. Creo por lo tanto que la formación de nuestros catequistas deba poseer dos características:

- a) Debe tener una duración razonablemente breve. Podemos pensar en un bienio de formación básica y en algunos encuentros de formación permanente. El tiempo más limitado tendrá que ser compensado con una formación no fragmentaria, pensada dentro de una propuesta orgánica y gradual. Deberá ser tam-

bién una formación bien cuidada, conducida en equipo, con un modelo de aprendizaje activo (narrativo, kerigmático, catecumenal) en las cuatro áreas descritas.

- b) Será una formación que los mantiene simples, laicos, capaces de un testimonio inmediato y «caliente». Habrá que evitar, por tanto, toda forma de clericalismo, invitándolos a presentar la fe correctamente, pero siempre con la simplicidad que proviene de sus vidas y de su condición laical, evitando convertirlos en pequeños teólogos. Son estos, de hecho, los aspectos decisivos para un testimonio y un servicio catequético eficaz y creíble.

